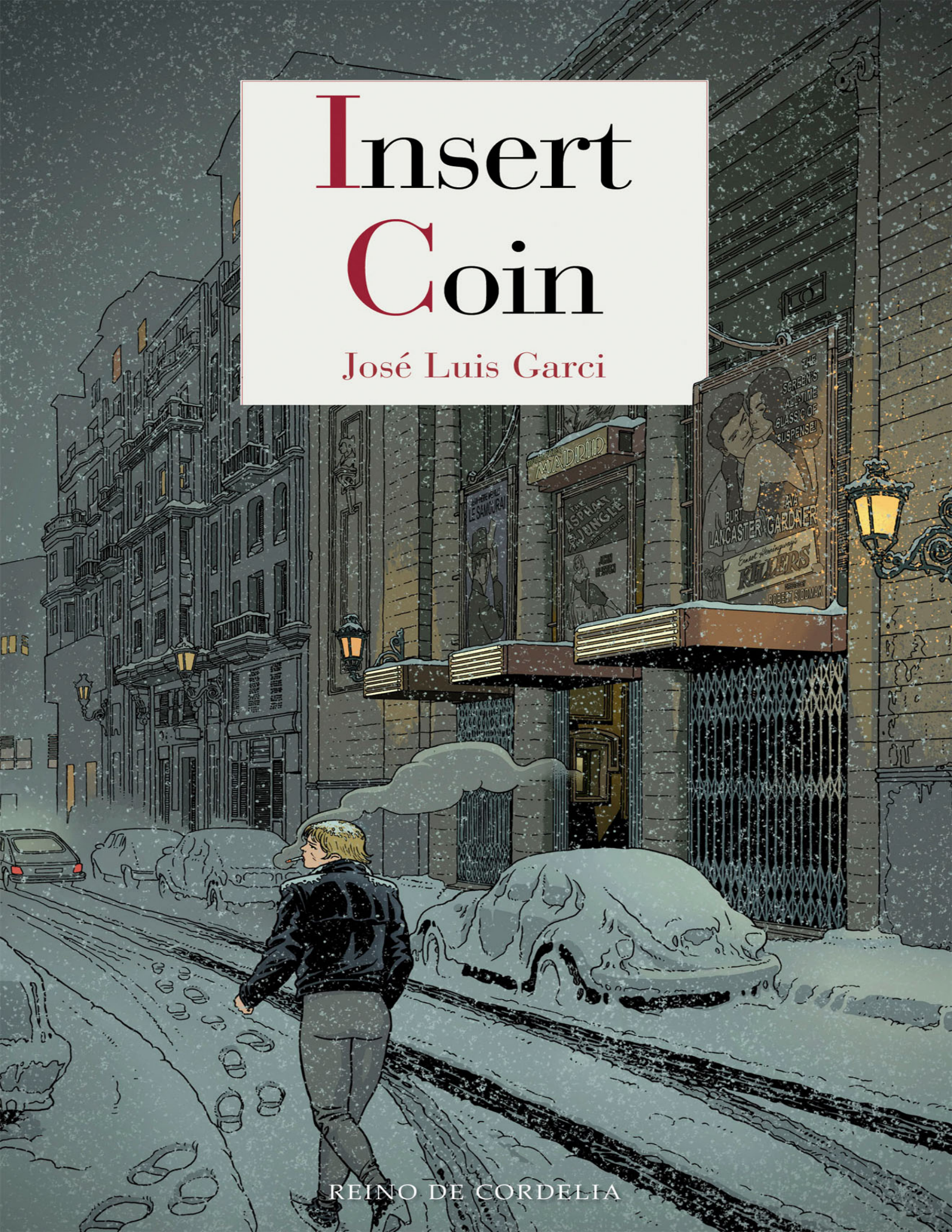


Insert Coin

José Luis Garci



REINO DE CORDELIA

94

Insert Coin



Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2018
Segunda edición, junio de 2018

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia



facebook.com/reinodecordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º PTA. 24

28003 Madrid

© José Luis Garci, 2018

Sobrecubierta: © Miguel Navia, 2018

IBIC: DNF

ISBN: 978-84-16968-46-6

eISBN: 978-84-18141-60-7

Depósito legal: M-11448-2018

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepoa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Insert Coin

José Luis Garci



Índice

Déjate de cuentos (A modo de prólogo)

La Gioconda está triste

La marciana

Efemérides

Aneurisma

Mendigos Warner Bros.

Mientras Venecia agoniza

Mnemos

Extraña condena

Si lo de la pelirroja no es nada

Sábado por la tarde

¡Bang!

Los mejores años de nuestra vida

Casita de muñecas

Goodbye, baby

Ciegos

Un milímetro

Sublime decisión

Ausencia

Navidades de película
Postal nocturna de Lisboa
Domingo de papá separado
Los padres magos
Un millar de capicúas
Vivir un cuento navideño
Gun Moll (A Hollywood Story)

Déjate de cuentos

(*A modo de prólogo*)

NUNCA HE SIDO muy de cuentos, ni siquiera de cuentos de viejas, y, menos aún, de cuentos chinos. Cuando era niño, mis padres jamás me contaron cuentos al acostarme. Me contaban películas. Mi madre, en particular, utilizaba con mucha frecuencia la expresión «Déjate de cuentos». Por ejemplo, cuando yo trataba de justificar mis malas notas en Conducta, asegurándole que todos hablábamos en clase pero que la profesora solo se fijaba en mí, entonces ella decía: «No me lías y déjate de cuentos». A pesar de estos antecedentes, soy un gran aficionado a leer relatos. Me entusiasman las narraciones de Somerset Maugham (pronúnciese *Moom*) y Chéjov, de Maupassant y Borges, de O. Henry y Bradbury, de Roald Dahl y Fredric Brown, incluso me lo paso muy bien con las *short stories* del llamado «realismo sucio», Carver a la cabeza. Pero también he disfrutado muchísimo con cuentos de escritores españoles, sobre todo con *Vidas sombrías*, de Baroja, y con los que escribieron Medardo Fraile, Ignacio Aldecoa, Paco Umbral o, antes, el gran Bécquer o la no menos extraordinaria Pardo Bazán.

Nunca he olvidado el impacto que me causaron «La intrusa» (Borges), «Don Sabelotodo» (*Moom*), «Mari

Belcha» (Baroja), «Mientras siga brillando la luna» (Bradbury), «La última noche» (Salter), «El Horla» (Maupassant), «Un buen día para el pez plátano» (Salinger), «Bartleby el escribiente» (Melville), «Maese Pérez, el organista» (Bécquer) o «Los asesinos» (Hemingway).

Con *Insert Coin*, ya lo dice el título, pueden elegir ustedes las historias que más se acerquen a sus gustos, y sin tener que meter moneda alguna. He recuperado viejos cuentos de ciencia-ficción, de terror, de humor, melancólicos, románticos, autobiográficos, también de esos en los que no pasa nada (que son los que dan prestigio), y hasta «pornográficos». Hay relatos de mi primer libro, *Bibidibabidibú*, que publiqué en 1970, es decir, en el Antiguo Testamento; así mismo, he reunido algunas aventuras de Adam Blake, ese malhumorado periodista tan superado por el progreso y tan influido por Pat Hobby. Algunas narraciones fueron premiadas, como «Los mejores años de nuestra vida», y otras nacieron ya en el olvido, que fue el caso de «¡Bang!», mi favorita, y de la que, antes de que le echen ustedes un vistazo, advertirán que les he secreteado su gestación. Las hay, en fin, que tuvieron la suerte de ser llevadas a la pantalla: «La Gioconda está triste» (por mi querido Anchón Mercero), o «Mnemos», que filmé yo mismo.

Bien contado, ya lo dice el refrán, no hay cuento malo. El secreto está en que la idea sea brillante, y luego, claro, en narrarla con habilidad. Hay opiniones para todos los gustos de cómo deben escribirse los cuentos. Léidos con atención los mejores relatos de los maestros, no hay duda, para mí, de que la clave está en la amenidad. Estoy convencido de que *SÉ AMENO* fue el undécimo Mandamiento que Jehová entregó a Moisés en el Sinaí, y que, debido a algo que se me escapa —aunque los Monty Phyton seguro que lo

conocen—, la Consigna se extravió, o iba en una Tabla aparte y se le cayó de las manos (como me chismorreó Mel Brooks) al gran Mago del pueblo hebreo, que lo mismo proporcionaba diariamente a los suyos bolsas de comida (el maná), que lograba que se abrieran las aguas del Mar Rojo. *SÉ AMENO*. Qué bien habría quedado la Sugerencia en el peliculón de DeMille, en medio de aquellos tremendos efectos especiales.

Estoy feliz de que estas veinticinco narraciones, desperdigadas por mi vida, vean otra vez la luz. Gracias, pues, muchas gracias, a la editorial Reino de Cordelia, y a Jesús Egido, su gran capitán. Es curioso, las historias de *Insert Coin* pertenecen todas al siglo pasado, cuando yo me dedicaba intensamente al cine y no a la escritura, salvo los guiones. Al principio, a lo que yo aspiraba era a ser Truman Capote o Joe Liebling, mucho más que Leo McCarey o Billy Wilder. Es obvio que no logré aproximarme a ninguna de las dos opciones. Sin embargo, quiero que sepan que, durante décadas, y esto sí viene a cuento, en mi pasaporte se podía leer escritor y no cineasta.

Todos los cuentos van fechados en el año de su redacción. Así se puede comprobar fácilmente lo poco que he ido mejorando.

Por último, quiero confesarles que hoy es un día muy especial para mí. He vuelto a teclear en mi querida máquina Olympia (modelo Mónica). Me la regaló mi padre en 1965. Con ella he escrito todas mis películas y, cómo no, también estos relatos de *Insert Coin*. Aporrear mi querida «máquina del tiempo» es algo que no había hecho desde hacía tres o cuatro años. La cosa es que me he ido acostumbrando a escribirlo todo a mano, con lo que hoy mi letra, ya de por sí confusa, puede competir de tú a tú con los enigmáticos garabatos de los médicos del Seguro. Soy —o era— un buen mecanógrafo. Aprendí en la Academia

Caballero allá por los primeros sesenta. Eso sí, no pude hacerme con el título del «Método ciego», que se me resistió como tantas y tantas mujeres que me gustaron. Doscientos cincuenta, casi trescientas pulsaciones por minuto, ese ha sido mi límite. Pero he acariciado teclas de Underwoods —en la redacción de la revista *Cinestudio*—, de Lexicons 80 —cuando trabajaba en el Banco Ibérico—, incluso de Smith Premiers —en las oficinas de la Academia Auxiliar Militar de Villaverde, cuando era soldado y servía a la Patria.

Termino. Ahora (y juro por Dickens que este prólogo no va a convertirse en el cuento de nunca acabar); ahora mismo, decía, tengo una sensación de extrañeza tecleando otra vez mi Olympia. Es como si empezara a vivir una experiencia nueva, misteriosa. Percibo como si varios relámpagos alumbraran mi cerebro. Como un derrame memorial. Más sorprendente todavía: vuelvo a estar en cinta. Y no es ningún cuento, mamá.

J. L. G.

Madrid, 17 de diciembre, domingo, de 2017

Insert Coin





A Dante Gistau, que es del Atleti,
y a David Gistau, que lo fue.

«La Gioconda» está triste

Para Luis Eduardo Aute

«Era algo mucho más divino que humano contemplar su sonrisa».

GIORGIO VASARI

TODO EMPEZÓ en una ciudad llamada París. En un museo de esa ciudad llamado Louvre. Con una pintura de ese museo llamada *La Gioconda*.

Un vigilante nocturno fue quien primero lo advirtió. Sucedió así: estaba haciendo su última ronda cuando, al llegar a la mitad de la galería, la mirada de *ella* le dejó petrificado. Era muy extraño. Aquella mujer, en unas horas, había perdido toda su belleza, toda su serenidad, todo aquel aire —tan misterioso, por otra parte— de grandiosidad que emanaba de su semblante.

El vigilante se frotó los ojos con las manos y volvió a mirar. Sí. No había duda. Ante él, a un metro escaso, estaba «otra» mujer. De gesto duro, amargo. Con una mueca, entre patética, desolada y sádica, en lugar de su famosa sonrisa.

El director del museo apenas tardó diez minutos en llegar. Se notaba en que se había vestido precipitadamente: venía sin corbata y con el chaleco a medio abrochar. En realidad, no creyó una palabra de cuanto le había comunicado el vigilante por teléfono. Lo que se temía es

que aquel hombre se hubiera vuelto loco e hiciera una barbaridad, si no la había hecho ya.

Al «verla» no pudo reaccionar. Era cierto. Sorprendente y absurdamente cierto. No sonreía.

Eso era todo.

El director del museo tembló ligeramente; su cabeza empezó a dar vueltas, unas vueltas muy lentas, y su frente y sus manos se llenaron de sudor. Luego, algo más tranquilo, marcó el número del ministerio de Cultura.

Media hora después, un lujoso coche negro se detuvo ante la entrada del Louvre. Del automóvil bajó, muy deprisa, un señor elegante y con cara de sueño, y dos hombres más, sin duda, escoltas. Haciendo caso omiso de las reverencias, el ministro subió la escalinata de dos en dos peldaños. Al llegar junto a *La victoria de Samotracia*, el pequeño cortejo corría ya sin disimulos.

El grupo se detuvo ante *La Gioconda*. El hombre elegante y con cara de sueño, el ministro de Cultura y Educación, despacio, se acercó al cuadro. Lo miró detenidamente. Al cabo de un buen rato pareció sentirse mal y retrocedió un paso; tuvo náuseas y pidió un vaso de agua; se lo bebió de un trago. Después dio la orden de cerrar el museo. Y, por último, se fue con sus escoltas.



SEMANAS MÁS TARDE, en la página de «Informaciones pintorescas» de un periódico de Rhode Island, apareció una noticia bastante curiosa. Venía a ser algo parecido a esto: «Una reproducción de la admirable *Gioconda*, de Da Vinci, que se halla en el museo de Providence —una copia de escaso valor—, ha aparecido, en la mañana de ayer, sin su sonrisa habitual. Por el contrario, se encontraba como enfadada».